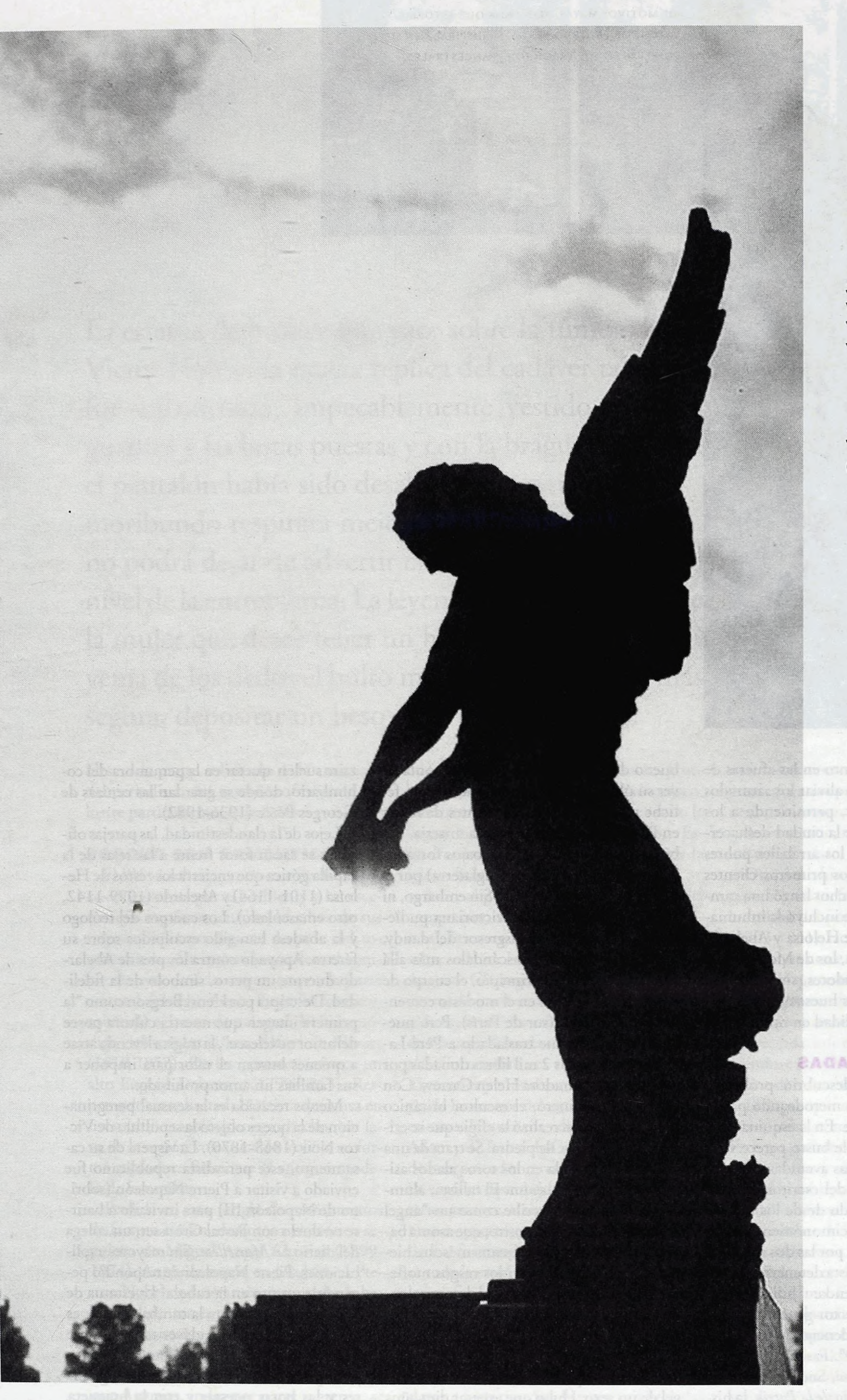
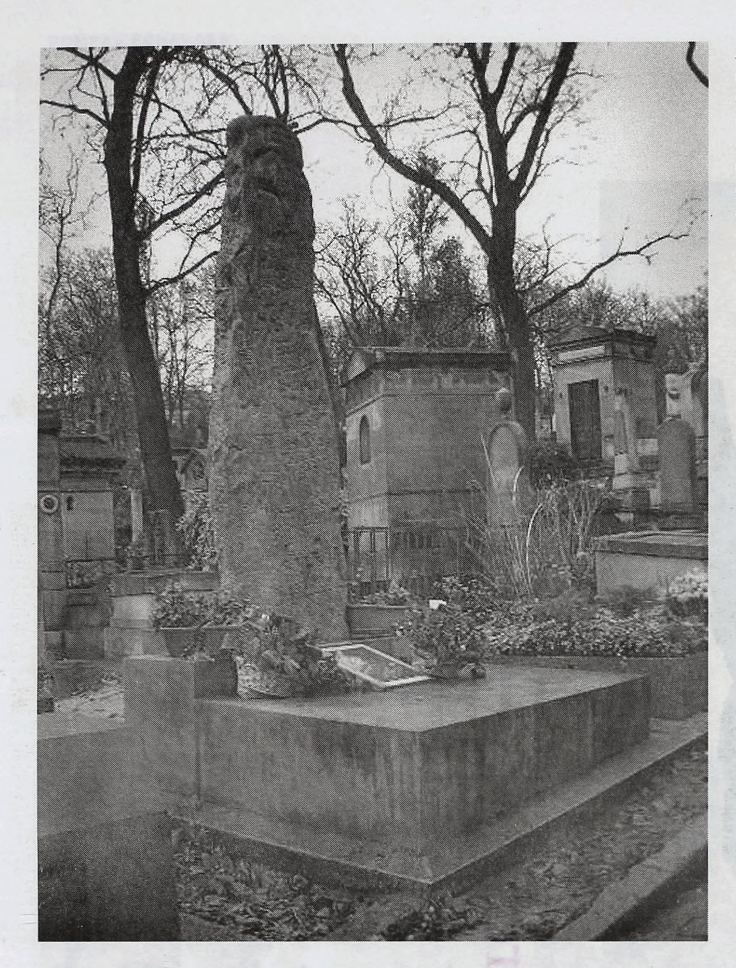
RADAR libros

SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 AÑO IV Nº 207 21 • 10 • 2001



Todos tus muertos

Verdadera ciudad dentro de la ciudad, el cementerio parisino del Père-Lachaise alberga a muchos de los escritores más trascendentes de los últimos doscientos años. *Radarlibros* se perdió en el espacio verde más grande de la capital francesa y volvió con historias de amor y muerte.



ANTES DE MORIR EN MADRID, EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA GUATEMALTECO HABÍA PEDIDO SER ENTERRADO EN EL LACHAISE. SOBRE SUS RESTOS SE ALZA UNA ESTELA DE HORMIGÓN MOLDEADO FABRICADA EN GUATEMALA. ORNADA DE MOTIVOS MAYAS, RECUERDA QUE ASTURIAS, INDIO POR PARTE MATERNA, SE INSPIRABA EN SUS NOVELAS EN SUS TRADICIONES ANCESTRALES.

POR ALEJO SCHAPIRE, DESDE PARÍS

¿Por dónde empezar? El dilema del que se dispone a visitar el cementerio del Père-Lachaise es el del lector frente a la biblioteca. El índice de sepulturas que figura en el mapa de la necrópolis abarca una vasta pléyade de autores franceses y francófilos de los dos últimos siglos. Ante tanta celebridad por metro cuadrado, no es de extrañar que la elección de un itinerario suela resolverse como a la hora de escoger un libro: de forma espontánea y arbitraria. Existe, claro, el recorrido sugerido por las guías turísticas, es el trayecto sur-norte que sigue con paso bovino el grueso del millón doscientas mil personas que convierten a este parque en el cuarto sitio más frecuentado de París. Aquí empezaremos al revés, por arriba. Más que por espíritu de contradicción, esta alternativa obedece sobre todo al sentido común: ubicado en el vigésimo distrito, el Père-Lachaise se ocupa 44 hectáreas escarpadas repartidas sobre el Mont-Louis, una de las siete colinas que dominan la ciudad. Si tomamos en cuenta esta topografía, surcada por 15 kilómetros de calles y avenidas, lo más inteligente –y menos cansador– es bajar desde la cima, entrando por el acceso Gambetta. Desde este punto, Rastignac, el ambicioso héroe de Balzac en *Papá Goriot*, lanzó hacia los techos de la metrópoli su célebre desafío: *A nous deux maintenant* ("Ahora nos toca a nosotros").

En el siglo XVII, el predio oficiaba de casa de campo de los jesuitas. En este pequeño Versalles pasaba sus vacaciones estivales el reverendo François Aix de La Chaize (1627-1709). Aparte de ser uno de los promotores de la revocación del Edicto de Nantes, el religioso tenía la doble labor de confesar a Luis XIV (que vivió veinte años en adulterio) y la menos católica misión de "catar" las aspirantes al lecho real. Poco después de la muerte del padre, los jesuitas, incapaces de pagar las importantes deudas del terreno, fueron expulsados. Los propietarios se sucedieron hasta 1804, cuando Napoleón encomendó al Prefecto de la Sena, Nicolas Frochot, la construcción de un camposanto. La adquisición de las tierras, situadas en ese momento en las afueras de París, tenía por objeto aliviar los saturados cementerios parisinos, permitiendo a los burgueses del oeste de la ciudad deshacerse de sus muertos en los arrabales pobres del este. Pero como los primeros clientes tardaban en llegar, Frochot lanzó una campaña promocional que incluyó la inhumación de los cuerpos de Heloísa y Abelardo y, bajo la misma cripta, los de Molière y La Fontaine. Los historiadores, sin embargo, concuerdan en que los huesos de estos últimos se hallan en realidad en otra parte.

BOQUITAS PINTADAS

Osvaldo Soriano descubrió probablemente el monumento merodeando por la tumba de Oscar Wilde. En la esquina de la parcela, un inexplicable busto parece vigilar la intersección de las avenidas Circular y Carette. La mirada del escritor marplatense debe haber bajado desde los bigotes en punta de prócer decimonónico, pasado por el moño y seguido por las dos medallas clavadas en el pecho hasta detenerse con incredulidad en la leyenda: "Julio Carrié. Doctor en leyes, inspector general de consulados. Agente confidencial del gobierno argentino. 1857-1910". Fascinado por esta delación *post-mortem*, Soriano transformó su hallazgo en *El ojo de la Patria*, la historia de Julio Carré, un agente argentino de la posguerra fría que no servía ni para espiar. Más allá de confirmar que una buena idea no basta para hacer una buena novela, el libro de Soriano puede explicar por qué, un siglo después de su inauguración, esta lápida está siempre florida.

A unos cinco metros de allí, cuatro chicas italianas muy excitadas, filmadas por su padre con una cámara de video, se embadurnan los labios de *rouge* y se inclinan para aplicarlos con firmeza sobre un paralelepípedo de veinte toneladas de granito. Grabado en la piedra, el nombre de Oscar Wilde (1854-1900) se pierde en una nube de besos carmesí. Merlin Holland, único nieto del escritor irlandés, pretende que "el lápiz labial es másresistente que los graffitis", aunque la perpetua lluvia de esta ciudad se encarga de desmentirlo. En todo caso, el bueno de Oscar debe percibir la ironía de ver su última morada convertida en un fetiche para el sexo opuesto. Antes de morir en París, de meningitis y en la miseria, había purgado dos años de trabajos forzados en la prisión de Reading (Inglaterra) por el delito de homosexualidad. Sin embargo, ni el castigo ni la sociedad victoriana pudieron con el espíritu transgresor del dandy, que siguió generando escándalos más allá de la tumba. En un principio, el cuerpo de Wilde fue enterrado en el modesto cementerio de Bagneux (sur de París). Pero nueve años después fue trasladado a Père-Lachaise gracias a las 2 mil libras donadas por su amiga y admiradora Helen Carrew. Con parte de este dinero, el escultor británico Sir Jacob Epstein realizó la efigie que se erige sobre el bloque de piedra. Se trata de una escultura inspirada en los toros alados asirios del British Museum. El tallista, alumno de Rodin, la describe como un "ángel demonio volador". El rostro, que asoma bajo la cofia de un faraón, es una máscara hierática donde se adivinan los rasgos mofletudos del difunto. El resto del cuerpo parece proyectado hacia adelante por el impulso tomado por las dos enormes alas que nacen en sus hombros. Desobedeciendo a la tradición, Epstein decidió dotar a su ángel de un sexo. Hubo que esperar diez años para que el prefecto de la Sena levantara su veto contra el ingreso de la obra al cementerio. Pero el fin de la interdicción no sería del gusto de todo el mundo: en 1961, sublevadas ante tanta impudicia, unas señoritas de una liga de virtud mutilaron el viril apéndice. Mientras tanto, y hasta no hace mucho tiempo, la tumba del autor de *El retrato de Dorian Gray* se había convertido en un lugar donde se daban cita los *gays*. Hoy, según los ofuscados guardias de seguridad, prefieran la discreción de los caminitos arbolados de las divisiones 19, 26, 27, 28 y 29.

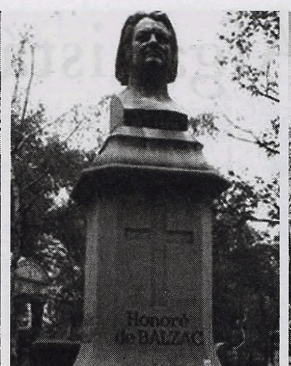
No hace falta caminar demasiado para comprobar que, si el Père-Lachaise es el dominio natural de Tánatos, lo es igualmente de Eros. Los miércoles, por ejemplo, día en que los escolares franceses tienen la tarde libre, los amantes del cercano Liceo Voltaire suelen apretar en la penumbra del columbario, donde se guardan las cenizas de Georges Pérec (1936-1982).

Lejos de la clandestinidad, las parejas oficiales se sacan fotos frente a las rejas de la capilla gótica que encierra los restos de Heloísa (1101-1164) y Abelardo (1079-1142, otro emasculado). Los cuerpos del teólogo y la abadesa han sido esculpidos sobre su féretro. Apoyado contra los pies de Abelardo duerme un perro, símbolo de la fidelidad. Descripta por Henri Bergson como "la primera imagen que nuestra cultura posee del amor novelesco", la trágica leyenda atrae a quienes buscan el valor para imponer a sus familias un amor prohibido.

Menos recatada es la sensual peregrinación de la que es objeto la sepultura de Victor Noir (1848-1870). La víspera de su casamiento, este periodista republicano fue enviado a visitar a Pierre Napoleón (sobrino de Napoleón III) para invitarlo a batirse en duelo con Pascal Grousset, un colega del diario *La Marsellesa*. Sin mayores explicaciones, Pierre Napoleón le respondió pegándole un tiro en la cabeza. La estatua de bronce que yace sobre la tumba de Noir es la exacta réplica del cadáver tal como fue encontrado. El escultor Dalou lo reprodujo impecablemente vestido, con los guantes y las botas puestas y con la bragueta abierta: el pantalón había sido desabrochado para que el moribundo respirara mejor. Si el visitante se acerca, no podrá dejar de advertir cierta prominencia al nivel de la entrepierna. La leyenda popular quiere que la señorita que bese los labios de la estatua, habiendo previamente depositado flores en la galera colocada junto al cuerpo, puede esperar una propuesta de matrimonio en los siguientes 365 días. Pero eso no es todo. La mujer que desee tener un hijo, y no lo haya conseguido por los métodos convencionales, debe rozar con la yema de los dedos el bulto metálico o,para estar más segura, depositar un beso en el lugar indicado. Algunas prefieren una fórmula más drástica: se aferran con las manos a las botas de Noir y frotan sus nalgas contra la pelvis de bronce, simulando el acto amoroso... Las huellas de estas prácticas son percepti-

AQUÍ YACEN (DE IZQUIERDA A DERECHA): FREDERIC CHOPIN, HONORÉ DE BALZAC, HELOÍSA Y ABELARDO Y MARCEL PROUST.









La estatua de bronce que yace sobre la tumba de Victor Noir es la exacta réplica del cadáver tal como fue encontrado, impecablemente vestido, con los guantes y las botas puestas y con la bragueta abierta: el pantalón había sido desabrochado para que el moribundo respirara mejor. Si el visitante se acerca, no podrá dejar de advertir cierta prominencia al nivel de la entrepierna. La leyenda popular quiere que la mujer que desee tener un hijo debe rozar con la yema de los dedos el bulto metálico o, para estar más segura, depositar un beso en el bronce sobado.



bles: cada punto solicitado de la anatomía del periodista está gastado, ofreciendo un lustre particularmente brillante.

PORQUE SON ROMÁNTICOS

El Père-Lachaise no es un sitio romántico únicamente por el ambiente y las escenas que aquí transcurren. Muchos de sus inquilinos fueron figuras de proa del romanticismo. Un recorrido que lleva el nombre de esta escuela serpentea por la parte oriental del cementerio. Entre los literatos, sobresale el busto de mármol del hijo pródigo del romanticismo, Alfred de Musset (1810-1857). De los pintores, merece un alto Eugène Delacroix (1799-1863). Respetando su voluntad, el artista descansa en un sublime sarcófago negro hecho con lava de la región volcánica de Volvic; su forma reproduce fielmente el antiguo modelo de la tumba.

Perdida en una jungla de monumentos de factura clásica, desentona el exótico sepulcro de Miguel Angel Asturias (1899-1974). Antes de morir en Madrid, el Premio Nobel de Literatura guatemalteco había pedido ser enterrado en el Lachaise. Sobre sus restos se alza una estela de hormigón moldeado fabricada en Guatemala. Ornada de motivos mayas, recuerda que Asturias, indio por parte materna, se inspiraba en sus novelas en sus tradiciones ancestrales.

A pocos metros de ahí, pegada a la breve y flamante sepultura del jazzista Michel Petrucciani, el recorrido romántico bordea la última morada de Frederic Chopin (1810-1849). Aquí, las flores son permanentemente renovadas por los estudiantes de música, que suelen depositar tres claveles. Un joven de pelo largo y remera ceñida que oficia de guía improvisado frente a unas atentas norteamericanas –son legión los que pululan alrededor de los sitios más concurridos– interrumpe una explicación para arrebatarles a unos sorprendidos turistas rusos sus latas de cervezas y vaciarlas en un cantero. "Para que respeten", dice indignado. Luego retoma, cuenta que Chopin había asistido a la exhumación de un conocido. Viendo que la parte interior del ataúd había sido arañada por el hombre, prueba de un entierro prematuro, el polaco, traumatizado, había exigido que cuando le llegase la hora le extrajeran el corazón. Este, efectivamente, se encuentra hoy en la iglesia Santa Cruz, en Varsovia.

Sobre el perfil grabado en el mármol del compositor, se eleva "La música en lágrimas", la estatua de una musa inclinándose sobre su laúd. La obra pertenece al escultor Auguste Clésinger, que reposa más abajo. En sus últimos años, este artista había acogido en su taller a una modelo recién llegada a la capital con la idea de "conquistar París". Su nombre era Berthe de Courrière. Excéntrica y mundana, pasó en poco tiempo de las manos del escultor a las de los escritores Huysmans, de Villiers de l'Isle-Adam y de Remy de Gourmont. Su cotizado cuerpo está enterrado, en una misma fosa, entre su descubridor, Clésinger, y su posterior amante, el simbolista Remy de Gourmont –¡cuyo tema principal era la soledad!–, formando así un *ménage à trois* para toda la eternidad. La anécdota es una de las preferidas de Olivier Comeau-Montasse, que desempeña el muy oficial puesto de agregado cultural del Cementerio del Père-Lachaise. Desde su escritorio, donde se acumulan libros sobre arte funerario, compila datos e historias. Sus fuentes privilegiadas son los viejos y otros necropolitanos que intercambian informaciones como figuritas: "Usted me dice dónde está el padre de Balzac y yo le explico cómo encontrar al padre de Victor Hugo". Entre sus informantes se cuentan también los cazadores de caracolesque, según los iniciados y los chefs de algunos restaurantes del barrio, son exquisitos.

Volviendo al caso Courrière, el funcionario afirma que la modelo oficiaba misas negras. El cementerio mismo fue durante mucho tiempo el teatro de oscuras celebraciones que incluían misas rojas, que se distinguen de las otras por culminar con un sacrificio. Estos ritos nocturnos habrían desaparecido con las nuevas medidas de seguridad, adoptadas luego de la profanación antisemita del cementerio de la ciudad de Carpentras en 1990. Pese a estas precauciones, los vecinos de los edificios lindantes confirman que pueden ver desde sus balcones, en ciertas noches de luna llena, sobre todo en verano, reuniones clandestinas a la luz de las velas.

Otra de las historias que a Comeau-Montasse le gusta referir es la que circula sobre la tumba del poeta iraní Sadegh Hedayat (1903-1951), fácilmente reconocible por el cerezo que crece frente a una pirámide negra en la que está grabado el dibujo de un búho. El autor de *La lechuza ciega* había sido un gran amante de los gatos; los felinos del vecindario le retribuirían este afecto reuniéndose por decenas, a medianoche, alrededor de su tumba.

El lugar que ocupa el esoterismo en el Père-Lachaise merece un capítulo aparte. Pero no podemos dejar de mencionar, entre las sectas y sociedades secretas que deambulan sobre estos adoquines, a los adeptos del ocultista Allan Kardec. Nacido bajo el nombre de Léon Denizard-Rival, este antiguo profesor de Lyon, autor de manuales escolares, es el fundador de una escuela de espiritismo. Escribió el *Libro de los espíritus*, una doctrina filosófica dictada directamente, según él, por Juan el Evangelista, Sócrates, Franklin y Napoleón, ni más ni menos. Su tumba, que se encuentra bajo la sombra de un dolmen de apariencia prehistórica, es la más florida del cementerio. Uno puede sentarse en un banco y observar a esa familia de antillanos que viene a depositar una rosa, o a esas dos mujeres blancas y cincuentonas que apoyan las manos sobre el busto broncíneo del espiritista para entrar en trance mientras murmuran una plegaria. Tres horas después, las encontramos en la misma posición.

Y Jim Morrison, evidentemente. ¿Qué agregar del último escondite del Rey Lagarto que no haya sido mencionado con la conmemoración de los 30 años de su muerte? Ahí están los mochileros del mundo entero con sus guitarras y remeras psicodélicas. Algunos prenden incienso, otros el teléfono celular para decir "¿a que no sabés desde donde te estoy llamando?"; los grupos de jubilados sacan fotos y después preguntan quién es. Frente a la lápida más visitada y vigilada del Père-Lachaise, se acumulan cartas, poemas, letras de canciones, *polaroids*, velas, flores, girasoles, cigarrillos, remeras, cuartos de dólar, pesetas y, sobre todo, liras. "Las monedas las sacamos todas las tardes y las volvemos a poner por la mañana. Tenemos una bolsa llena, nos alcanza para dar la vuelta a Italia", se ríe un custodia morocho y barbudo con acento antillano que, de tanto en tanto, grita enfurecido (y con un aliento indiscutiblemente etílico) "no se pare sobre la sepultura", "no se apoye ahí". Cuesta entablar una conversación. Desconfía de los jóvenes, dice en voz alta que no entiende tanto alboroto, que él compró una vez un casete del músico y que no le gustó nada, que prefiere el reggae. Odia a los habitués. Y agrega que su trabajo no consiste en cuidar al rockero sino sus alrededores, para que nadie escriba en los monumentos aledaños. Una gordita con cara de presidenta de fan club protesta: "Cállese, somos nosotros los que nos encargamos de limpiar". Detrás del guardia hay un farol donde, camuflada, una cámara de fotos se dispara cada vez que un dispositivo detecta movimientos. Por la noche, igualmente escondida, una cámara de video graba con luz infrarroja.

En este verdadero Panthéon de sustitución, la popularidad de las tumbas depende de la moda y los aniversarios. En algún momento, el calendarioregalará otro cuarto de hora de gloria también a Balzac, Beaumarchais, Colette, Apollinaire, Éluard, Gertrude Stein, Auguste Comte o Anna de Noailles. Nosotros terminamos nuestro *promenade* con Marcel Proust (1871-1922). De difícil acceso debido a mapas aproximativos, muchos de los que van en su busca abandonan en el camino. Encontrarían una simple pero impecable losa de mármol negro que, 80 años después de su inauguración, no parece haber visto pasar el tiempo. Tal como había vivido en sus últimos años debido al asma, Proust permanece acostado, una postura que repercutía en la forma de organizar sus relatos y en su estilo. Lo último que escribió, justo antes de morir, fue la palabra Fin. ♣

El editor marsellés André Dimanche, que desde el año pasado opta por promover la literatura argentina, acaba de lanzar las versiones francesas de *Plata quemada* de Ricardo Piglia y *Un episodio en la vida del pintor viajero* de César Aira como parte de un ambicioso plan de difusión de ficciones argentinas según el cual espera tener traducidos ocho títulos para 2002. Ambos autores figuraban ya con otras obras en el catálogo de Dimanche.

En su alocución de apertura al II Congreso Internacional de la Lengua Española, el presidente argentino Fernando de la Rúa propuso que la próxima reunión, cuya sede será Buenos Aires en 2004, tenga como lema "El español, las tecnologías y la nueva integración". Difícil será que su propuesta sea aceptada, dado que la explicación que de ese título propuso fue de carácter más bien gongorino: "La primera evoca el carácter diferencial que las diversas tecnologías le dan a nuestra lengua con oportunidades en el mercado mundial. La nueva integración evoca el objetivo de incluir a las nuevas fronteras".

El escritor peruano Mario Vargas Llosa recibirá el doctorado Honoris causa por la Universidad romana de Tor Vergata en la próxima semana, cuando aprovechará para dictar una "lección magistral" con el título "Un mundo sin novelas".

El Premio Nobel de Literatura de 1999, el autor alemán Günter Grass, criticó duramente la concentración en el sector editorial y la "caza" de best-sellers que obliga a grandes inversiones que perjudican al resto de los autores. "Cuando una editorial pasa a formar parte de un grupo, de paso vende también a los autores. Por ejemplo, mi primera novela, *El tambor de hojalata*, fue publicada por Random House en Estados Unidos, pero ahora la editorial es propiedad de Bertelsmann y de repente me convierto en EE.UU. en autor de Bertelsmann sin que nadie de esa empresa me haya escrito jamás una carta. Así es como se trata a los autores", se quejó Grass ante la prensa alemana. La difícil situación económica que atraviesan muchas casas editoriales es fruto, según él, de "la enfermedad de los editores de pujar permanentemente superándose unos a otros y provocando una escalada en los precios de los derechos internacionales".

Las declaraciones de Grass fueron formuladas en el contexto del actual debate abierto en Alemania sobre un proyecto gubernamental que quiere garantizar por ley a los autores una "remuneración adecuada" por sus obras y por cada utilización que se haga de ellas. El proyecto ha generado inquietud en algunas editoriales, que no ven con buenos ojos el reclamo de una "remuneración adecuada".

¡Vuelve Bernard Pivot a la televisión! Después de haber anunciado con bombos y platillos su retiro definitivo, el prestigioso animador cultural volverá a la televisión francesa en enero próximo con un programa mensual en la cadena France 2.

El Afganistán que no miramos

TIERRA Y CENIZAS
Atiq Rahimi
trad. Masoud Sabouri
Lengua de trapo
Madrid, 2001
94 págs, $ 11

POR NICOLÁS ROMANO

El atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York no sólo desató una fiebre macartista en relación con toda presunción de todo fundamentalismo islámico. También volvió a poner en el mapa a Afganistán. La CNN dibujó un país en ruinas, cuna de los demonios de Occidente. El descubrimiento de los siete millones y medio de indigentes en ese país no debería sorprender a nadie. Afganistán es paisaje de tierra y cenizas, polvo y destrucción anteriores a los talibanes, Osama bin Laden y la operación "libertad duradera". Salvo por el breve período de paz, comprendido entre 1954 y 1973, Afganistán estuvo en guerra durante los dos últimos siglos.

Tierra y cenizas, la primera novela de Atiq Rahimi –recientemente editada en castellano– se centra en la devastación sembrada por la guerra afgano-soviética. Como cualquier conflicto bélico, los resultados terribles saltan a la vista: al día de hoy, quedan pocos intelectuales afganos. En una entrevista, Atiq Rahimi lo aseveraba: "Los soviéticos mataron casi 10.000 intelectuales" y sólo sobrevivieron "los que escapamos a tiempo".

Si la guerra trajo el hambre como una de sus peores consecuencias, la huida representó, entonces, la opción primera para muchos, intelectuales o no. Nacido hace 38 años en Kabul, dos motivos empujaron a Rahimi a abandonar la ciudad en 1984 y solicitar asilo político en París. Una de las causas de su exilio fue su negativa a formar parte del ejército prosoviético. La otra razón fue cultural: "Yo escribía en los diarios desde los 12 años. Sobre todo crítica de cine. Y ya estaba harto de que censuraran todos mis escritos". En su París adoptivo, con compañías de actores franceses, Rahimi estrenó tres obras de teatro, escritas y dirigidas por él, en las que denunciaba la situación de las mujeres en su país.

En *Tierra y cenizas*, un anciano va a visitar a su hijo a una mina para comunicarle que toda la familia ha muerto. Los únicos sobrevivientes: el anciano Dastguir y su nieto, Yasín, un niño que sufre una sordera particular. No es el pequeño quien ha perdido su audición: es el mundo que ha enmudecido. Despojada prosa del diario de la devastación, la voz de Rahimi diviseciona el polvo de Kabul. Ese mismo polvo donde se inscriben los fantasmas de Dastguir, el pasado y sus recuerdos inviolables. Una educación monolítica.

La voz del narrador insiste sobre Dastguir, lo empuja: "Te gustaría empezar a vivir de nuevo, aunque sólo fuera por un día, una hora, un minuto, un segundo incluso". Sin embargo, es tarea imposible para el anciano. Su voz se rompe y cobra los matices de Yasín. Entre sollozos, se puebla de interrogantes, asombro y más dolor. Le resta darle forma a ese dolor, una hoja de puñal que mana de los ojos. Dastguir construye en su interior una bomba de tristeza. A lo largo de las páginas, toma forma y explota. La novela no deja respirar al lector, lo atosiga con su ritmo lento y obsesivo. El narrador, en primera persona, juega a ser la voz de la conciencia de Dastguir.

"No es que tu vista se haya nublado, sino que el aire se ha oscurecido", escribe, hacia el final, Rahimi. En la Kabul de *Tierra y cenizas*, la muerte no diferencia sus víctimas en madres, esposas e hijos. A pesar de estar instalado y alzar su voz desde Francia, Rahimi escribe (y describe) como un afgano que añora Oriente, pero evita la nostalgia fácil. Transforma Kabul, inspecciona debajo del polvo y la desnuda. Ahí abajo, por supuesto, aparece una innumerable seguidilla de guerras y abuelos como Dastguir, pertenecientes a una casta de hombres que aprendieron a llorar y buscan en la religión, infructuosamente, una satisfacción vacua. Dios mira desde lejos (si es que mira).

En la imagen que ilustra la tapa del libro, hay un chico sentado sobre la carcaza oxidada de una bomba. Un pequeño como Yasín, que se pregunta si tiene voz y no se explica por qué está vivo. El mundo ha enmudecido. Enmudece en cada pregunta de Yasín. Principio del diario de una devastación que hoy puede seguirse en las portadas de los diarios.♣

Demoliendo hoteles

EL ÁNGEL DEMOLEDOR
Robert Crais
trad. Carlos Mayor
Ediciones B
Barcelona, 2001
478 págs. $ 22

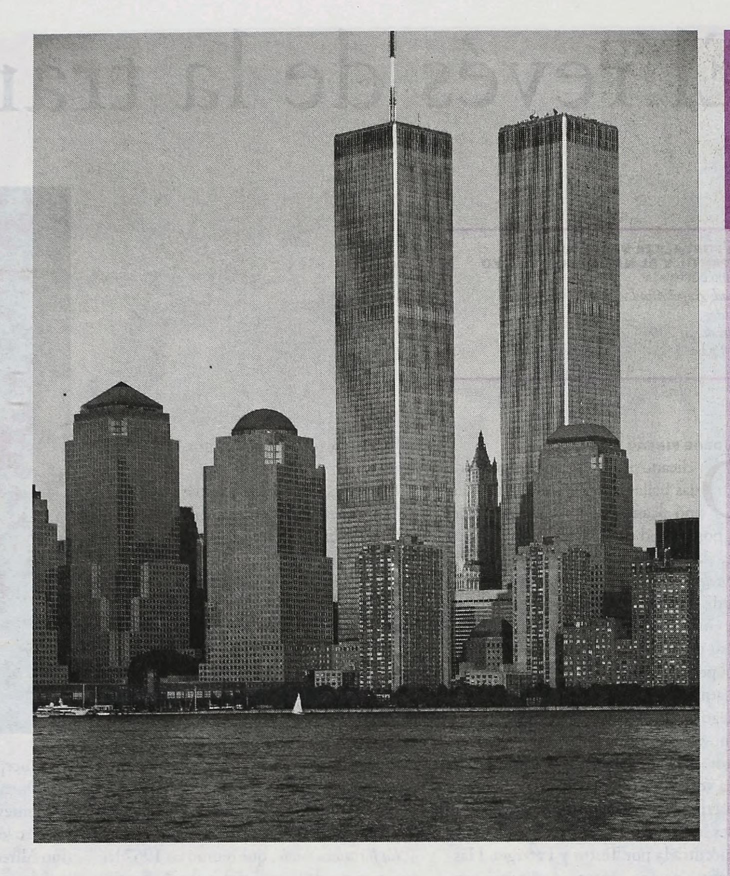
POR ARIEL SOLITO

Tan inquietante resulta enfrentarse a una novela que derrocha toda su primera página en agradecimientos a jefes policiales, como desconcertante leer a un autor comparado, al menos desde la solapa de la edición española, con Raymond Chandler, ya que de éste sólo parecen quedar en *El ángel demoledor* las absurdas autopistas de una ciudad, Los Angeles, que nunca parecerá más chica y pueblerina que en esta novela.

Comenzando por la intriga, todas las marcas del género han sido mutiladas: la transparencia impregna la totalidad del relato, cancelando todo posible extrañamiento, estableciendo de una vez y para siempre el bloque de lo real. Los personajes ya no son las resultantes de las tensiones internas de la trama sino más bien una serie de replicantes (tanto los burócratas policiales alienados por la competencia laboral, como los criminales atravesados por el discurso psicoanalítico), meros operadores de un *output* ajeno encastrado entre someras motas de espacio público.

Si algo narra *El ángel demoledor* es la mutilación: retinas, dedos, brazos enteros se desgajan de su localización orgánica para conformar el espectáculo del monstruo. Pero, básicamente, la mutilación previa de los individuos, al margen de todo contacto y de toda comunicación intersubjetiva. En este sentido, la novela narra a su pesar los hilvanes del modelo; y en este sentido ésta es una novela ejemplar, determinada por las abundantes carencias de la industria del entretenimiento y su hipocresía políticamente correcta (ya casi una jerga, casi el lenguaje oficial de la ideología hegemónica): todo se publicita –desde las iBook hasta los Whopper–, menos el alcohol y los cigarrillos, los cuales, sin embargo, son el *leitmotiv* histérico sobre el cual se monta a la protagonista: "Hacía veintitrés días que no se tomaba una copa. Una vez que terminara con ese asunto, quizá se pusiera con el del tabaco. Los cambios no sólo eran posibles sino necesarios", moraliza el narrador sobre el final, antes de dejar a la sobreviviente Carol Starkey como satisfecha esposa de un ciego.

Decía Fredric Jameson hacia mediados de los 80 que "si efectivamente existe una crisis de la literatura americana de hoy, ésta debe considerarse dentro del marco de este material social ingrato, donde sólo los trucos de efecto pueden producir la ilusión de la vida". Más allá de si las bombas son eficaces o no para producir esa ilusión narrativa en la novela, lo que puede desprenderse de ella es que el imperio, entre sus múltiples explosiones, ha perdido la voz. Y si no fuera porque las cosas no suceden cabalmente de este modo (los acontecimientos recientes bastan para demostrarlo), la novela no podría cumplir más acabadamente sus pretensiones realistas: en esta cristalización del capitalismo signada por la eficacia de las corporaciones es natural que sus representaciones sociales se conformen con sólo dos categorías: los burócratas y los desquiciados.♣



BAJO EL SIGNO DE MARTE

El terrorismo es una enfermedad del capitalismo globalizado

El filósofo italiano Toni Negri reflexiona sobre la situación del capitalismo en guerra a partir de un diagnóstico que tipifica a los responsables de los atentados del pasado 11 de septiembre como "una facción neoliberal extremista".

POR TONI NEGRI

1. Los autores de los atentados eran todos miembros de las élites árabes (estudiantes universitarios en Alemania o en EE.UU., instruidos en métodos de vuelo, etc.). No han obrado únicamente por los intereses de los desheredados, aunque lo han hecho en su nombre. Como todas las élites que aspiran a devenir clase dominante (Bin Laden, la red de Al Quaida, etc.) deben obtener el favor de un sector significativo de la población. Para eso el Corán no basta.

2. Ésta es la razón por la cual han golpeado los centros del poder económico y del poder militar americano. Para las masas árabes (no sólo iraquíes y palestinas), éstos son –por razones que cada uno comprende– objetos de odio.

3. Haciendo esto, han dado por descontada la reacción americana que consiste en obligar a los Estados islámicos o a los que pretenden serlo (Arabia Saudita, Pakistán, Emiratos), que juegan con la ambigüedad entre el Islam y la alianza con los EE.UU., de escoger su campo. Esta elección es, para estos regímenes de base religiosa, pero aliados de los EE.UU., una elección dolorosa y, sobre todo, peligrosa. Si conservan a su precioso aliado externo, pierden a las masas y viceversa.

4. Esta crisis de legitimidad permite el reemplazo de una élite "moderada" por una élite islamista que no discute mínimamente el orden neoliberal ni tampoco la dominación americana (ver las declaraciones de Bin Laden a la CNN), pero contesta el monopolio de poder ejercitado por los monarcas del petróleo. Como la revolución islámica iraní, que no ha puesto en discusión el capitalismo, Bin Laden y su red quieren empujar a las masas para destronar las monarquías corruptas y reemplazarlas con una república teocrática.

5. No hay que confundirse: si los atentados han golpeado a los símbolos del poder americano, su finalidad no era en absoluto socavarlos, entre otras cosas porque no existe ya un poder autónomo americano en el contexto de la mundialización. El único beneficio de los atentados es un beneficio regional para el mundo islámico: se trata de determinar quién asegurará un gobierno neoliberal en la región.

6. Los que han perpetrado los atentados son verosímilmente hombres de la red Bin Laden formados por la CIA y los servicios secretos de Pakistán para combatir (en la modalidad terrorista) al régimen pro-soviético afgano. Son, por lo tanto, aliados de uno de sus objetivos: el Pentágono. Obteniendo sus fondos de la especulación financiera y aprovechándose de la liberación total del movimiento de capitales (impuesta por EE.UU. a todo el mundo para financiar su deuda pública y la enorme deuda privada con el sistema de la burbuja financiera). Por lo tanto, no eran extraños a las Torres Gemelas ni a Wall Street.

7. Bin Laden y compañía son, pues, unas criaturas o más bien una enfermedad esencial del sistema. Para combatirla, el sistema mismo debe destruir sus propios pilares, controlando el movimiento de capitales y destruyendo la alianza política y económica que lo sostenía (Arabia, Pakistán, Emiratos, los mismos talibanes). Haciendo esto perderán una gran parte de su poder económico y de su fuerza militar. De acuerdo con Giddens, el riesgo es, en gran parte, la condición de existencia del capitalismo globalizado: el mantenimiento de estos regímenes presupone en principio no solamente la miseria del Tercer Mundo y de los sectores desfavorecidos del centro sino también la inseguridad en todas partes. A fuerza de crear palestinas en todo el planeta, se acaba por vivir en la inseguridad permanente, como les ocurre a los israelíes.

8. El pueblo del mundo entero ha sido, por tanto, golpeado en Nueva York y en Washington este 11 de septiembre de 2001 por una facción neoliberal extremista. La guerra que se incuba en todas partes del mundo ha sido finalmente globalizada: Manhattan parece Ramalá. Las facciones en el poder de EE.UU. se aprestan a obtener los dividendos políticos de este estado de guerra después de haberse beneficiado de los dividendos bursátiles, como el mismo Bin Laden no se ha privado de hacer. Esta facción ha decretado un estado de guerra prolongado (al menos diez años, según Bush) que volverá extremadamente difíciles las movilizaciones de las fuerzas democráticas que desde Seattle en adelante se han expresado contra la globalización capitalista.

9. Es absolutamente necesario terminar este estado de guerra permanente y ahora ya universal, y crear condiciones que no permitan ni a Bin Laden ni a Bush aplastar a la gente con el poder del "mercado" en nombre de la lucha entre el bien y el mal. Un movimiento contra la violencia y la tiranía de los mercados se vuelve todavía más necesario si queremos defender la seguridad, la vida y la democracia en todo el planeta. El capitalismo globalizado está enfermo por la violencia y la miseria que genera: es necesario organizar una salida para los pueblos y crear nuevas formas de relaciones sociales si no queremos morir con él. ♣

ESTE SÍ

"Cadáveres" de Néstor Perlongher

Néstor Perlongher nació en Avellaneda la noche de Navidad de 1949. Fue militante del Frente de Liberación Homosexual y estudió sociología en Buenos Aires. Se radicó en 1982 en San Pablo, y siguió estudios en antropología social en la universidad de Campinas. Dos años antes había publicado el glorioso libro *Austria-Hungría*. Su tesis de maestría en antropología se convirtió en el clásico *La prostitución masculina* (publicado por primera vez en castellano en 1993). *Alambres*, de 1987, le valió el premio Boris Vian. En 1989 publicó *Hule* y en 1990, *Parque Lezama y Aguas aéreas*. *El chorreo de las iluminaciones* (1992) completa su breve e intensísima obra poética (recopilada por Roberto Echavarren para Seix Barral en 1997), marcada por el preciosismo lingüístico y el amaneramiento del neobarroco que le gustaba defender como estilo poético. Murió, víctima de sida, en noviembre de 1992. A continuación, un fragmento de su monumental poema "Cadáveres".

Bajo las matas
En los pajonales
Sobre los puentes
En los canales
Hay cadáveres

En la trilla de un tren que nunca se detiene
En la estela de un barco que naufraga
En una olilla, que se desvanece
En los muelles los apeaderos los trampolines los malecones
Hay cadáveres

En las redes de los pescadores
En el tropiezo de los cangrejales
En la del pelo que se toma
Con un prendedorcito descolgado
Hay cadáveres

En lo preciso de esta ausencia
En lo que raya esa palabra
En su divina presencia
Comandante, en su raya
Hay cadáveres

En las mangas acaloradas de la mujer del pasaporte que se arroja por la ventana del barquillo con un bebito a cuestas
En el barquillero que se obliga a hacer garrapiñada
En el garrapiñero que se empana
En la pana, en la paja, ahí
Hay cadáveres

Precisamente ahí, y en esa richa
de la que se deshilacha, y
en ese soslayo de la que no conviene que se diga, y
en el desdén de la que no se diga que no piensa, acaso
en la que no se dice que se sepa...
Hay cadáveres

BOCA DE URNA

Los libros más vendidos de la semana en Librería Gandhi.

Ficción

1. **El libro de la almohada**
Sei Shonagon
(Adriana Hidalgo, $ 22)

2. **El adversario**
Emmanuele Carrere
(Anagrama, $ 15)

3. **Las cartas que no llegaron**
Mauricio Rosencof
(Alfaguara, $ 16)

4. **Te conozco Mendizábal**
Eduardo Sacheri
(Galerna, $ 15)

5. **La experiencia sensible**
Enrique Fogwill
(Mondadori, $ 15)

6. **Valer la pena**
Juan Gelman
(Seix Barral, $ 12)

7. **El descanso de los caminantes**
Adolfo Bioy Casares
(Sudamericana, $ 19)

8. **El desierto y su semilla**
Jorge Baron Biza
(Simurg, $ 17)

9. **Setembrada**
Eduardo Belgrano Rawson
(Alfaguara, $ 16)

10. **El viaje vertical**
Enrique Vila-Matas
(Anagrama, $ 17.50)

No ficción.

1. **Introducción al pensamiento de Marx**
Milcíades Peña
(El cielo por asalto, $ 12)

2. **Tiempo presente**
Beatriz Sarlo
(Siglo XXI, $ 16)

3. **Sociología del trabajo y política**
Julio Godio
(Atuel, $ 15)

4. **No logo**
Naomi Klein
(Paidós, $ 32)

5. **Por las sendas argentinas**
Pablo Pozzi
(Eudeba, $ 25)

6. **La pluma y la espada**
Edward Said
(Siglo XXI, $ 13)

7. **Ese infierno**
AA.VV.
(Sudamericana, $ 18)

8. **Cultura y sociedad**
Raymond Williams
(Nueva Visión, $ 27)

9. **Karl Marx**
Isaiah Berlin
(Alianza, $ 25.50)

10. **De Ingenieros al Che**
Néstor Kohan
(Biblos, $ 22)

¿Por qué se venden estos libros?
"Tal vez ésta sea una de las pocas librerías en las que nada puede ni podrá J. K. Rowling con sus desagradables infantes hechiceros. Los brujos que triunfan en Gandhi se llaman Marx, Sarlo, Fogwill, Belgrano Rawson, Gelman o Bioy Casares" –opina Natalia Fernández Matienzo– de la redacción de *Radarlibros.*

El revés de la trama

LA FORTALEZA VACÍA. AUTISMO INFANTIL Y EL NACIMIENTO DEL YO
Bruno Bettelheim
Trad. Angel Abad
Paidós
Barcelona, 2001
638 págs, $ 35

POR JORGE PINEDO

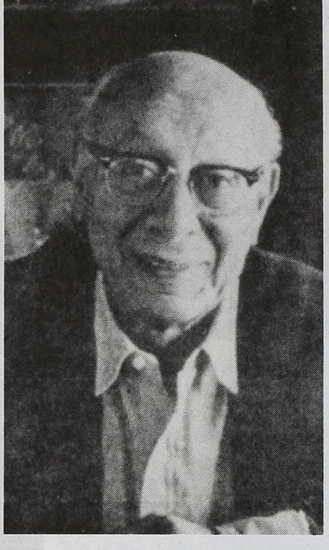
Delicado subproducto de algunas de las bellas artes, la descripción supo alcanzar con la ciencia moderna la positividad de su cima. Esto si se excluye, claro, la narrativa de ficción. De *La lección de anatomía* de Rembrandt a la CNN –con disculpas por la comparación–, la bisagra entre la sistematización del fenómeno y su transmisión se mantiene lubricada por la perspectiva del observador, imbuida en la atmósfera de su época.

Luego de las observaciones de Bronislaw Malinovski sobre la vida sexual de los Trobriandeses de la Melanesia, la antropología nunca volvió a ser la misma. El imaginario del cuerpo humano supo adquirir complejidades inusitadas tras la réplica en lenguaje concentrada por Testut y Latarger. Hasta la chata pampa argentina adquirió profundidades insondables una vez que Charles Darwin atinó a apreciarla al modo de yacimiento tanto de estratos geológicos como de sucesivas intemperies culturales. No obstante, ningún pensador actual se atrevería a calcar las conclusiones que los respectivos descripcionistas obtuvieron de su praxis y, sin embargo, tampoco nadie sería tan necio como para dejar de abrevar en tales, irremplazables fuentes. Al mismo tiempo, quien homologue descripción con explicación se ha de topar con distintos, graves problemas.

Algo de esto sucede con el clásico de Bruno Bettelheim, *La fortaleza vacía. Autismo infantil y el nacimiento del Yo.* Libro más comentado que leído, surge en forma obligada en los claustros a modo de glosa, cita, fotocopia parcial o recorte, probablemente porque hace más de tres décadas que la única edición en castellano estaba ausente de las librerías.

Carencia que aporta al mito (creacionista o apocalíptico) alimentado por las densas páginas de esta monumental obra. La reedición de Paidós produce, por lo tanto, un fenómeno similar al que desata la *reentré* del *Nietzsche y la filosofía* de Gilles Deleuze (ver *Radarlibros* nº 201).

La fortaleza vacía, que reunió en 1967 las experiencias de Bettelheim con niños autistas durante casi un cuarto de siglo, se distancia y a la vez comulga con sus otras obras más legendarias: el "psicoanálisis" de los cuentos de hadas y su testimonio acerca de los campos de exterminio nazis. Mientras sostiene una realidad fugaz por fuera de la conciencia, el autor abreva en el más empírico conductismo, de la mano de Rappaport, Spitz, Erikson y Piaget. Sus conclusiones, por lo tanto, han sido superadas con holgura en lo específico de la materia por



las conceptualizaciones de su contemporáneo Donald Winnicott, los breves pero contundentes aportes de la francesa François Dolto o los más recientes avances del argentino Alfredo Jeruzalinski. Lo que resulta difícil de superar es entonces la meticulosidad de una descripción que arrastra años de observación para un grupo amplio (en número, edad, extracción social y grado de la enfermedad) de niños autistas. Los especialistas podrán criticar los criterios, la artificialidad de la "muestra" tomada en aislamiento de los padres, etc., pero recurrirán a este texto cada vez que se torne indispensable repasar las vías de acción destinadas a enfrentar una de las modalidades más tristemente conmovedoras de la locura. ♣

Educar al soberano

SOCIOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN
Emilio Tenti Fanfani
Editorial Universidad de Quilmes
Buenos Aires, 2001
164 págs. $ 8

POR FEDERICO SIMONETTI

Antes de comenzar la lectura de *Sociología de la educación* es necesario tener en cuenta que un análisis desde la óptica que brinda esta disciplina implica "un modo de ver las cosas de la educación concebidas como fenómenos sociales". Esto significa reconocer que "lo que se enseña en las escuelas no tiene una razón de ser propia, es decir, no es independiente de lo que sucede en otras dimensiones relevantes de la vida social".

Emilio Tenti Fanfani, basándose en la teoría del tipo de dominación burocrática de Weber y los análisis que en *Vigilar y castigar* desarrolla Foucault sobre la disciplina, caracteriza a la educación como un proceso arbitrario socialmente definido por los sectores dominantes, manteniéndose en constante crecimiento por su aparato burocrático. De esta manera pone en evidencia su disenso con la pedagogía moderna, a la que caracteriza como el conjunto de "todas las técnicas de enseñanza que tienen el fin declarado de negar el hecho impositivo de toda acción pedagógica".

Resulta también de vital importancia recordar que a lo largo de la década de los 90, e inmersa en un contexto económico y político al que definir como "neoliberal" resultaría simplemente un eufemismo, la educación estuvo reiteradas veces en la agenda gubernamental con el objeto de ser sometida a recortes y reformas acordes a la reestructuración por la que atravesaba el Estado argentino. Manifestaciones multitudinarias, opiniones enfrentadas y bruscas sesiones parlamentarias, conformaron el preludio de un debate que se desarrolló más cuantitativa que cualitativamente en los medios de comunicación. Hoy, inmersos en las consecuencias de todo ese proceso que comienza con la transferencia de escuelas estatales a provincias y municipios, pasando por la Ley Federal de Educación, y concluyendo con la Ley de Educación Superior, es hora de volver a un debate radical sobre lo que Tenti Fanfani, investigador del Conicet y autor de varias publicaciones al respecto, define como "una dimensión fundamental de las sociedades contemporáneas".

Dividido en seis capítulos entre los que se tratan la responsabilidad estatal en la educación, la organización escolar, la confección del currículum, el oficio de maestro, la autoridad pedagógica, la interacción docente-alumno y el contexto social de la enseñanza, *Sociología de la educación* abarca tanto la "estructura" y el "sistema educativo" en su conjunto, como los fenómenos que se producen en la cotidianidad del aula. Desde la óptica institucional, Tenti Fanfani desarrolla una verdadera génesis de los sistemas educativos contemporáneos. "La escuela tiene la edad que tienen los Estados-Nación del capitalismo", señala el autor mientras analiza la confluencia entre la consolidación del poder de los Estados y la sistematización de las instituciones educativas, distinguiendo a la formalización, la universalidad y la temporalidad como las tres grandes características de la instrucción moderna. Además la obra contiene una precisa descripción de la coyuntura por la que está atravesando hoy nuestro país en la materia y un panorama de las posiciones y relaciones de fuerza del campo de la política educativa nacional.

Pese al aparente matiz técnico, *Sociología de la educación* no deja de ser un trabajo profundamente doctrinario, dirigido hacia "el gran desafío democrático que los sistemas educativos de la región deberán enfrentar en los próximos años: la igualación de la calidad para todos los ciudadanos independientemente de los sectores sociales de los que provengan".

Si coincidimos en que, como señala el autor, "la profundización de las tendencias descentralizadoras y privatizadoras en la educación podrían sacrificar la meta de la equidad deseable en aras de una eficiencia improbable", salta a la luz la fundamental relevancia que adquiere una propuesta que tenga por objetivo la reconstrucción de una estructura de oportunidades educativas y sociales para los argentinos. *Sociología de la educación* marca algunas bases sobre las que debería establecerse este verdadero pensamiento estratégico de política educativa. ♣



PRILIDIANO PUEYRREDÓN. "UN ALTO EN LA PULPERÍA" (ÓLEO SOBRE MADERA, C. 1860).

Civilización o barbarie

LA PAMPA. COSTUMBRES ARGENTINAS
Alfredo Ebelot
Nueva Dimensión Argentina
Buenos Aires, 2001
254 págs. $ 15

POR ALBERTO LAISECA

Este es un libro, escrito por un francés en el siglo XIX, que da cuenta con mucha gracia de las costumbres del pasado argentino. Algunas de las cosas que aquí se narran pueden parecer costumbres bárbaras, por no decir locas y delirantes. Hasta que uno se mete adentro y ahí comprende. El "velatorio del angelito", por ejemplo. Cuenta Ebelot que en una ocasión pidió hospitalidad en un rancho donde se velaba a un niño de cuatro años. Al muertito lo tenían bien vestido y sentado sobre una sillita. A su alrededor se bailaba y jaraneaba. Corría el vino y la ginebra como si fuesen baratos como agua de charco. Comían a dos carrillos. Todo iluminado *a giorno* por humeantes e insalubres candiles de sebo (hechos por el mismo dueño, padre del chico). Los concurrentes no se privaban de nada, ni siquiera de la seducción y el amor. El velorio, a veces, dependiendo de la temperatura, duraba varios días (para dicha del pulpero). "¡Por qué no tendremos un angelito todas las semanas!", habrá pensado ese bárbaro y descreído. Sin embargo, esta fiesta, que a nosotros puede parecernos muy salvaje, tenía su razón de ser. Se trataba de matar a la muerte mediante la alegría. Un poco como lo que hacen aun hoy los mexicanos cuando en la víspera de Todos los Santos comen calaveras de azúcar.

Una cosa maravillosa, y que en el libro se describe muy bien, era la galera o diligencia, único medio que tenían los viajeros para trasladarse, a veces cientos de kilómetros. Usted podía ser una persona muy valiente al subir a una diligencia, porque el coraje personal no se pone en duda. Pero es indudable que de ese carromato iba a bajar completamente acobardado. Apretados como sardinas en su lata (hasta mujeres iban). Los guadales, con el polvo fino entrando en los pulmones, los calorones (o el frío espantoso) y, cuando no, una lluvia como catarata. Aquí los viajeros tenían un plus, cuando las ruedas arrojaban barro dentro del coche. Esto cuando no se quedaba y había que empujar.

Capítulo aparte es el de las pulperías, que Ebelot, socarronamente, compara con los clubes de los caballeros británicos. El pulpero atendía detrás de una reja. Precaución indispensable para evitar que lo degollasen por puro deporte. Nada personal, lo que pasa es que si uno no degüella a alguien cada tanto es como que le falta algo y se muere de tedio. Parece que los gauchos, a esta saludable costumbre, la habían plagiado de nuestros hermanos los indios. Para los salvajes no había dicha más grande que cazar a un rubio y a un negro retinto. Se los acoyaraba como si fuesen nutrias, procediendo luego a llamar a todos los pibes de la tribu (hasta los nenes venían) equipados con cuchillitos. Aquello era una fiesta. Las indias se descomponían de risa viendo cómo los carneaban.

Observamos también aquí el reñidero de gallos, el gaucho alzado (se cuenta la historia del Gato Moro, que no es demasiado distinta de la de Juan Moreira o tantos otros, sólo que el Gato estaba encariñado con los jueces de Paz: dejó a cinco pa'que tomasen viento con la fresca), los rastreadores y sus magias, los carnavales de Buenos Aires donde el presidente Sarmiento participaba a los baldazos y a las risotadas.

Una última palabra sobre las sufridas mujeres de los soldados. Una vez, a un oficial se le venía encima la indiada y le faltó tropa. Hizo que las chinas se vistiesen de milicos y defendieran la caballada. A tiros sostuvieron la situación y "naides" tuvo nada que decir de ellas. Chicas eran las de antes, ahijuna. ♣

EN EL QUIOSCO

Pensamiento de los confines, 9/10 (Buenos Aires: primer semestre de 2001)

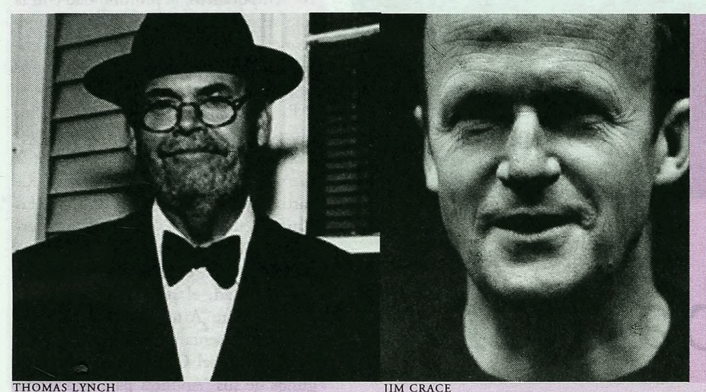
Si alguien quiere incorporar a su biblioteca textos inéditos en castellano de –por ejemplo– Virilio, Heidegger, Arno Schmidt, Theodor W. Adorno y Gianni Vattimo no hay duda de que debe (¡corriendo, *ya*!) conseguir la última edición de *Pensamiento de los confines*, la revista dirigida por Nicolás Casullo que hace de la puesta en circulación del pensamiento filosófico y del arte contemporáneo uno de sus pilares.

Por supuesto, quienes hacen *Confines* están lejos del gesto exhibicionista de quien posee el mejor catálogo de bienes importados. Lo fundamental de esta revista es el modo en que el pensamiento local se articula con los debates contemporáneos, la profundidad con la que se reflexiona sobre las tradiciones teóricas y estéticas del siglo XX y la eficacia con la cual el trabajo académico se vuelca mucho más allá de las aulas.

En esta edición, Nicolás Casullo, Horacio González y Paula Bottino reflexionan sobre "Las maquinarias de la memoria en la Argentina", Héctor Ricardo Leis, Ricardo Forster y Matías Bruera se refieren a "El héroe, la muerte, la amistad" y Paul Virilio y Diego Tatián hablan –el primero, con irritante oscuridad; el segundo, luminosamente– sobre "Arte y silencio". Guillermo Piro presenta un texto de Arno Schmidt y Rafael Cippolini adelanta algunos de sus "Apuntes para una teoría histórica del manifiesto", seguidos de textos capitales del arte argentino contemporáneo. Por supuesto hay mucho más: textos sobre George Orwell y su participación en la Segunda Guerra Mundial, un pequeño apartado de espíritu nietzscheano (espíritu que, por otra parte, abunda en las sucesivas ediciones de *Confines*) y una sección de crítica de libros.

Daniel Link

RESTOS INMORTALES



THOMAS LYNCH JIM CRACE

Una serie de libros recientes en lengua inglesa tematizan la muerte de manera perturbadora, porque no se trata en ellas de ninguna trascendencia o pasaje a un más allá, sino solamente de la memoria de los cuerpos. El director de una funeraria (Thomas Lynch) reflexiona sobre el arte de disponer cadáveres. Un novelista británico (Jim Crace) cuenta el lento proceso de descomposición de dos víctimas de asesinato.

POR RODRIGO FRESÁN

Días atrás, a propósito del atentado contra el World Trade Center, el escritor norteamericano Richard Ford escribió que "en la concepción que el novelista tiene de la realidad hay un axioma: la importancia de una muerte se mide por la significación de la vida que ha interrumpido. Así, puede parecer que morir como tantos que murieron el 11 de setiembre, sus existencias individuales momentáneamente eclipsadas, oculta e invalida una vida por completo. Pero sus vidas, pese a haber acabado de forma asombrosa, siguen siendo indelebles y no van a dejar de haber existido simplemente porque llegue la muerte. Siguen vivos en todos los sentidos, salvo los más literales".

A Multitude of Sins –reciente libro de Richard Ford editado en Inglaterra por Harvill, que reúne nueve relatos y una magistral casi *nouvelle* de título "Abyss"– aparece surcado por muertos y muertes. La muerte del amor y la muerte del matrimonio, es cierto, pero también la muerte física y bestial y francamente idiota. La muerte que siempre –o en la mayoría de los casos– suele ser el final de una historia. O no tanto. En ocasiones la muerte, como territorio, es la más fértil de las cosas y el Más Allá no es si no una renovada oportunidad de seguir contando el cuento.

CORTE Y CONFECCIÓN

"Cada año entierro a un par de cientos de mis vecinos. A dos o tres docenas más los llevo hasta el crematorio para que los hagan cenizas. Vendo féretros, títulos de propiedad de criptas y urnas para guardar los restos mortales. Tengo también un pequeño negocio si se trata de encargar lápidas y voy a comisión a la hora de las ofrendas florales". Con estas palabras abre y da la bienvenida y el pésame a su libro *The Undertaking: Life Studies from the Dismal Trade* –editado en 1997 y finalista para el National Book Award de ese año– el poeta Thomas Lynch. Poeta y, claro, orgulloso dueño de la empresa de pompas fúnebres de Milford, Michigan, que supo heredar de su padre. Pensar en Thomas Lynch como el perfecto personaje –no el protagonista, pero sí uno de esos deslumbrantes secundarios impredecibles, en un film de los Hermanos Coen–. Alcanza con verle la cara y el sombrero y las gafas oscuras y la sonrisa satisfecha a este hombre que no tiene inconveniente alguno en posar junto a un ataúd. Lynch –quien no en vano comparte apellido con el perverso creador de *Blue Velvet* y *Twin Peaks*– es el reconocido autor de tres libros de poemas (*Skating with Heather Grace*, *Grimalkin and Other Poems* y *Still Life in Milford*), pero debe su prestigio y la admiración de la crítica a los ensayos sobre la muerte y sus alrededores. Un segundo libro de ensayos de vocación un tanto más milenarista y bastante peor que el primero, seamos sinceros –*Bodies in Motion and at Rest*, 2000– incrementó su prestigio y su mirada aguda y disecciónadora a la hora de teorizar sobre la práctica de lo que ya fue, de lo que no volverá a ser, del arte de hacer que parezcan que estuvieran durmiendo, del lirismo que apenas se esconde detrás de toda ceremonia funeraria.

CUERPOS ARDIENTES

El escritor inglés Jim Crace va todavía más lejos en la novela *Y Amanece la Muerte*, traducción supuestamente poética del más eficaz y poderoso *Being Dead* con que Ediciones B ha devaluado, apenas, a uno de los libros más interesantes y admirables de los últimos tiempos. Crace –lejos de las candilejas de Amis, Barnes, Rushdie, McEwan, Kureishi y Co.– suele explorar territorios poco frecuentados por sus contemporáneos. La prehistoria en *The Gift of Stones*, el siglo XIX en *Signals of Distress*, los días de Jesucristo en el desierto en *Quarantine* o los modales mefistofélicos de un magnate en *Arcadia* (que en su momento editó Anagrama), o los hábitos alimenticios en el recién aparecido *The Devil's Larder* han sido algunos de los territorios que supo explorar. Pero *Y Amanece la Muerte* –ganadora del premio de la crítica en Estados Unidos– es sin duda su obra maestra a la vez que la gran novela mortuoria de todos los tiempos. En sus páginas, Crace cuenta –con una pericia casi intolerable– la vida después de la muerte de los cuerpos asesinados y perdidos entre los médanos de una playa del matrimonio compuesto por los zoólogos Joseph y Celice. Su lento descomponerse sobre la arena, su viaje por lo perecedero de la carne y la inmortalidad de la memoria a lo largo de varios flashbacks que nos explica lo que ocurrió durante la fea vida para así poder comprender la belleza de esta muerte. Crace nos cuenta - minuto a minuto– no un *Había una vez...* sino un *Hubo una vez*. Y lo que viene después. Los cangrejos, las gaviotas, el sol, la luna, el mar, la sal. Para cuando los cuerpos son descubiertos, algo menos de doscientas páginas más tarde, etiquetados y cargados a bordo de una ambulancia, el lector siente la violencia de la irrupción de un ciclo natural y perfecto en el que los muertos ya eran parte del paisaje. Es un final infeliz para una de las novelas más perturbadoramente hermosas jamás escritas. Una novela que se despide con la frase "Estos son los siempre terminales días de estar muerto" y que, en realidad, no hace otra cosa que señalar con el dedo largo de su última línea una puerta que se abre una vez. Y después, al cruzarla, se cierra para siempre. ♣